

¿EN QUÉ SE CONVERTIRÁ ROBINSON?

What will become Robinson?

HELMUT DAHMER*

prof.helmut.dahmer@gmail.com

“Las relaciones personales de dependencia [...] son las primeras formas sociales [...]. La dependencia personal, fundada en una dependencia *objetiva*, es la segunda gran forma [...]. La individualidad libre, basada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad comunitaria y social en cuanto capacidad social, es el tercer escalón. La segunda forma crea las condiciones de la segunda” (Marx).¹

Cuando hablamos de ejemplares individuales de nuestra especie, de “individuos” o de “sujetos”, lo estamos haciendo como hijos de nuestro tiempo y herederos de muchos pasados. Esto significa que pertenecen a uno o varios colectivos a los que están “sometidos”, pero al mismo tiempo, que no desaparecen en esos colectivos o son subsumidos por ellos, sino que –en cuanto “indivisibles”– les corresponde una cierta singularidad frente a otros muchos, semejantes a ellos. Los mitos que se transmiten desde hace un par de milenios hablan de dioses que ha surgido de la masa de espíritus y demonios inferiores y disfrutaban de una veneración especial, hablan de héroes de guerra, aventureros y rebeldes, cuyas hazañas y fechorías eran tan extraordinarias que no sólo impresionaron a sus atónitos contemporáneos, sino que entraron a formar parte de la tradición. “Grandes” hombres y mujeres que rompen con la tradición, asesinan a un “antepasado”, se alzan sobre el colectivo del que proceden y aglutinan sus energías; realizan una posibilidad de pensamiento y acción innovadora para su tiempo, que encuentra imitadores y queda fijada como “ideal cultural” –o también olvidada, mal vista y reprimida, como ocurrió p.ej. con el destino de la religión monoteísta fundada por el faraón Akenatón (Amenhotep IV) en el siglo XIV antes de nuestra era, religión que renació más tar-

* Escritor, reside en Viena. Hasta 2002 Profesor de Sociología en la Technische Universität Darmstadt.

¹ Karl MARX, *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie* [1857], en *Marx-Engels-Werke*, T. 42, Berlin: Dietz, 1983, pág. 91 (trad. cast., México: Siglo XXI, 1986).

de en el judaísmo. En la tradición no existe ningún dios sin un predecesor superado (por él) y sin un seguidor disidente, que luego figura como dios oponente. No existe ningún héroe sin antagonista. La tradición es contradictoria y equívoca. A las divinidades de la guerra se contraponen las de la paz, a los héroes del desprecio a la muerte los antihéroes del placer de vivir. Cada certeza de fe alumbra tarde o temprano la duda, cada ortodoxia provoca un hereje. Los críticos e inconformistas, los librepensadores y los disidentes, de los que nos habla la historia, han abierto el camino a la individualización, esto es, al distanciamiento de los individuos respecto a los colectivos de los que proceden.

Hegel reconoció un gradual “progreso en la conciencia de la libertad” en el marco de su reconstrucción de la historia universal. Determinadas formaciones sociales que se formaron bajo condiciones geológico-climáticas diferentes, que coexistieron en diferentes continentes y en Europa a lo largo de siglos sufrieron metamorfosis específicas, constituyeron su condición de posibilidad. En las culturas de regadío de la antigua Asia, escribió Hegel, sólo era “libre” *un único* ser humano (el déspota centralista), mientras que en las sociedades antiguas de Grecia y Roma ya era *algunos* lo que gozaban de una relativa libertad, aquellos que pertenecían a la minoría privilegiada de los ciudadanos terratenientes o guerreros. En las ciudades fortificadas marcadas por el cristianismo donde vivían los artesanos y comerciantes, ciudades que se habían ido formando desde la Edad Media dentro de las sociedades feudales europeas, *todos* eran libres “en principio”, es decir, habían escapado a las relaciones de servidumbre que todavía existían en el ámbito rural. Esa libertad de principio fue proclamada por las sectas anticatólicas y anti-feudales y en las sublevaciones de campesinos y artesanos actualizaron su demanda repetidamente. La revolución inglesa del siglo XVII y luego la francesa del siglo XVIII contribuyeron a dar validez formal a la pretensión individual de libertad —en la figura del derecho de cualquiera a disponer de sí mismo y de su propiedad. Esas revoluciones codificaron la avanzada descomposición de las tradicionales relaciones de dominación directa y su sustitución por una nueva forma de *socialización indirecta* a través del dinero y el mercado. La sociedad burguesa moderna también permitió sobrevivir por primera vez a individuos liberados de los vínculos con el suelo, el estamento social y la familia y entregados a su propia suerte.²

² “El ser humano no solo es un animal sociable, sino un animal que solo puede individualizarse en la sociedad” Karl MARX, “Einleitung (zu den Grundrissen der Kritik der politischen Ökonomie)” [1857], en *Marx-Engels-Werke*, op. cit., pág. 20 (trad. cast., México: Siglo XXI, 1986, pág. 4).

Como “propietarios” de la fuerza de trabajo (cualificada o no), en el mercado poseían igualdad formal con los propietarios de los “medios materiales de contratación”, mientras que desde el punto de vista material dependían de estos —y además de la situación del mercado y de la coyuntura. Los “individuos atomizados” o los “átomos sociales” de la sociedad moderna, que fácticamente forman parte de las corporaciones informales de las grandes clases antagonistas que compiten por su cuota de plusvalía, aunque no lo sepan o no lo quieran saber, en comparación con los esclavos de la sociedad antigua o los siervos de la sociedad feudal tienen libertad de elección. Pero al mismo tiempo sólo puede acceder a los medios de trabajo y de vida que necesitan para sobrevivir si esto responde al interés de los que disponen de ellos y esperan obtener un beneficio de la combinación de las fuerzas de trabajo libres con los instrumentos de producción. Por esto, Marx llamó al trabajador asalariado moderno “esclavo asalariado”.

La libertad (de contrato) realizada en el marco de la sociedad capitalista, esto es, la igualdad formal de derechos de empresarios y trabajadores, de autónomos y dependientes, es una libertad relativa y limitada. Es relativa porque los autónomos debe defender su autonomía en una lucha competitiva con sus iguales, lucha que lleva a que “un capitalista liquide a muchos”, y porque tanto empresarios como trabajadores son dependientes de las fluctuaciones de la coyuntura no influenciadas por ellos. Era limitada porque la sociedad en la que todavía eran mayoría los autónomos se transformó en los dos últimos siglos en una sociedad de ocupados dependientes, en la que los (intermitentemente) autónomos constituyen sólo una minoría (de un pequeño porcentaje de la población) en la ciudad y en el campo.

La ideal cultural de la “autonomía individual”, que transcribía (y sublimaba) la forma de vida relativamente “autónoma” de los pequeños y medianos burgueses de los siglos XVIII y XIX, fue quedando “obsoleto” en el curso de esa evolución. La des-individualización era la clave; y finalmente, en el fascismo, empresarios y trabajadores se transformaron en camarillas de caudillos con seguidores. Las condiciones de vida de la actual mayoría de trabajadores, empleados, receptores de ayuda y emigrantes tampoco en los países superdesarrollados permiten apenas una manera “autónoma” de vivir en sentido “clásico”. Sin embargo, el ideal de autonomía, que sólo puede cumplir un pequeño grupo privilegiado de financieros, sigue dominando nuestras visiones de una vida “como es debido”.

A la búsqueda de certeza, en el siglo XVII, René Descartes tomó al yo consciente y pensante por aquella sustancia sobre la que no es posible dudar. Además

le pareció garantizada la posibilidad de conseguir un conocimiento verdadero a través de la idea –también evidente para él– de que existe un dios que no nos engaña. Las *Meditaciones* de Descartes (de 1631 y 1642) y la *Monadología* de Leibniz (de 1714) se basaban en la moderna relación con el mercado y entre sí de unos individuos que producen autónomamente. Pero ya cien años después de Descartes, David Hume declaró que la identidad personal es una ilusión y una vez más, un siglo y medio más tarde, Ernst Mach escribió que el yo se constituye a partir de elementos (de sensaciones) y que la idea de que se trata de algo así como una sustancia es insostenible (el yo sería “insalvable”). La psicología crítica de Freud, nacida de una interpretación de los sufrimientos psicosociales (a saber, de las histerias y de las neurosis obsesivas), descompuso finalmente el alma, considerada por él como un “aparato para controlar los estímulos”, en instancias que actúan de manera inconsciente y compiten entre sí, de las que el yo recibe la energía y entre las que, de un modo sólo parcialmente consciente, intenta mediar, frecuentemente en vano. El contemporáneo de Freud, George Herbert Mead, mostró que la identidad personal sólo se forma gracias a la experiencia de ser identificado por otros. Desde entonces consideramos al individuo como un “mixtum compositum” o una contradicción en proceso y vemos al yo idéntico como el resultado de la ejecución de una proyección costosa, permanente y apoyada en grupos de referencia.

La decreciente significación económica y cultural de los pequeños y medianos “autónomos” se afirmó tanto en la psicología freudiana como en la economía (de la utilidad marginal) contemporánea. Freud criticó (situado en la vienesa Berggasse*) la pretensión del “yo” de ser dueño de la economía psíquica. En la misma época (un par de calles más allá, en la biblioteca de la Universidad de Viena), el revolucionario ruso Bucharin demostró que el comportamiento en el consumo del comprador individual –que pondera la utilidad de diferentes bienes en relación a sus necesidades, su urgencia y la disponibilidad de las mercancías deseadas– presupone la producción de esas mercancías, cuya realización y evolución, sin embargo, no puede explicar³.

* Calle en la que Freud vivió prácticamente toda su vida [Nota del traductor].

³ Böhm-Bawerk y otros teóricos de la utilidad marginal toman “como punto de partida del análisis” del proceso económico “el ‘átomo’ [social] aislado, el Robinson económico”. “El sujeto económico se adapta en sus acciones al [estado de la sociedad] dado”; pero este pone “barreras a sus motivos individuales o, dicho con Sombart,” lo ‘limita’. Nikolai BUCCHARIN, *Die politische Ökonomie des Rentners. Die Wert- und Profittheorie der österreichischen Schule* ([1914] 1919). Wien/Berlin: Verlag für Literatur und Politik, 1926 (trad. cast., Barcelona: Laia, 1974).

Ambos críticos se basaban en la experiencia de individuos socializados que intentan afirmar bajo unas condiciones de mercado cambiantes algo así como “autonomía” y que en su mayoría fracasan. Correspondientemente ambos autores intentaron relativizar la perspectiva del yo o del sujeto sobre la psique, la economía y el mundo.

Freud percibió que el equilibrio de fuerzas entre las instancias del modelo psíquico que había desarrollado se transformaba como consecuencia de la polarización social entre el poder y la impotencia. Sus pacientes sufrían a causa de la excesiva exigencia de “la” cultura, eran escasamente capaces de armonizar su praxis vital y el ideal cultural, de modo que se refugiaban en un falseamiento total o parcial de la realidad. La terapia individualizadora que desarrolló consistía en poner al yo debilitado del “neurótico” en condiciones de encontrar nuevos pactos entre los deseos pulsionales, la realidad social y la conciencia a través de una progresiva reducción de la censura interiorizada. De esa manera debían recuperar poco a poco el control perdido sobre su vida. Sin embargo, los individuos atomizados de su época —a la búsqueda de paraísos terrenales— tendían en su mayoría a desprenderse también de su autonomía moral, a aglomerarse en masas con millones de miembros y a atacar a aquellas minorías y naciones que sus dirigentes demagogos les señalaban como “enemigos” y les entregaban para el saqueo y el asesinato.

Freud conocía las masas enardecidas por la guerra de 1914 y las revolucionarias de 1918 que pusieron fin a la carnicería de la I Guerra Mundial. En los años veinte y treinta se convirtió en testigo del crecimiento amenazante de las masas contrarrevolucionarias que, en el “miedo ante la libertad”, prestaron primero sus votos y luego sus puños a los enemigos fascistas de las repúblicas parlamentarias. Contempló cómo las formas de la autonomía individual que les habían tocado en suerte⁴ a los grupos privilegiados de la nobleza y de la burguesía apenas se dejaban universalizar y cómo la evolución social favorecía el conformismo y el colectivismo. En tiempos de crisis, millones de personas estaban dispuestas a deshacerse del fardo de la individuación, la racionalidad y la moral y pasarse a las masas conducidas por demagogos hostiles a las masas, dispuestas a cualquier campaña bélica y a cualquier masacre. En los escritos que Freud publicó entre 1920 y 1938 aconsejaba renunciar a la justificación religiosa de la creciente desigualdad social, justificación sin credibili-

⁴ “Cada individuo participa, así, del alma de muchas masas [...] y aun puede elevarse por encima de ello hasta lograr una partícula de autonomía y de originalidad”. Sigmund FREUD, *Psicología de masas y análisis del yo* (1921), en *Obras completas de Sigmund Freud* T. 18, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2ª ed., 1984, pág. 122.

dad desde hacía mucho tiempo, y poner en su lugar una moral social nueva, puramente profana y practicada libremente, cuya consecuencia sería, según su previsión, una redistribución profunda de la riqueza social. Si fracasaba la secularización de la moral y no se realizaba una redistribución del dinero y del poder, las masas desposeídas escaparían de la cultura (de la renuncia) y tomarían el camino de la regresión hacia la barbarie. La desproporción entre las renunciaciones exigidas a la mayoría y las compensaciones reales e imaginarias de las que disponía liberaría enormes energías destructivas que se descargarían en guerras y masacres. A lo sumo se podía tener esperanza en que los seres humanos son incansables “buscadores de placer” y en que su libido deseosa de deleite, en condiciones (sociales) más favorables, estaría en condiciones de sujetar sus tendencias destructivas.

La esperanza de Freud en las intervenciones del “eros” no carecía de fundamento. Incluso en los años más sombríos del siglo XX hubo individuos y grupos que resistieron al magnetismo de las hordas fanatizadas y fueron capaces de afirmar su individualidad rebelde. Pienso en los miles de salvadores de judíos, en los luchadores de la *résistance* en los países ocupados por los Estados terroristas, en los partisanos, desertores y saboteadores, en las personas que se comportaron humanamente con sus compañeros de sufrimiento en el GULag de Stalin y en los guetos y campos de concentración de Hitler o que organizaron huelgas y levantamientos poniendo en riesgo su vida.

Marx tomó de Benjamin Franklin la definición del ser humano como un “tool-making animal”. Como Freud (más tarde), también él reconoció que la relación del género humano con la naturaleza exterior a él y consigo mismo no es una relación armónica, sino una (ineluctablemente) “inadecuada” o “excéntrica”, que impulsa a los seres humanos hacia el rumbo de una historia de transformación del mundo y de sí mismos en cuyo curso modifican constantemente la insatisfactoria-insoportable “naturaleza primera”. En ese proceso se configura no sólo un panorama cultural, sino también un sistema de instituciones sociales variables: una provisoria naturaleza segunda, a la que una generación tras otra se adapta y contra la se rebela cada nueva generación. El hecho de que la explotación del “proletariado” tenga un límite en la “debilidad corporal y la tozudez” de los “esclavos asalariados” y que la sociedad colapsaría sin la disposición de los trabajadores a mantener la producción aunque la clase dominante disponga de la plusvalía generada por ellos, es lo que le pareció a Marx una garantía suficiente de que las huelgas y revueltas laborales del siglo XIX se intensificarían en el siglo XX hasta convertirse en una

revolución internacional, que conduciría a la superación de la organización capitalista de la economía mundial. El capitalismo dado por muerto en repetidas ocasiones por los revolucionarios de finales del siglo XIX y comienzos del XX ha resistido, sin embargo, a los movimientos de masas anticapitalista que ellos organizaron.

A nuestras espaldas se encuentra un siglo de guerras internacionales y de revoluciones fracasadas, en el que surgieron nuevos regímenes feroces cuya función consistía o bien, como en el caso de la Alemania nazi, en someter militarmente la economía de todo un continente a los intereses de un grupo nacional del capital y de una nación particular (definida de manera “racista”), o bien, como en el caso de la Unión Soviética bajo el poder estalinista, imponer con el terror una industrialización acelerada y de puesta al día en un gigantesco país subdesarrollado por medio de una economía planificada, organizada burocráticamente y basada en la propiedad estatal, defender ese proyecto militarmente y asegurarlo en lo posible mediante la formación de un anillo de Estados satélite. Tanto uno como otro de estos regímenes fueron instalados para imponer la realización de un proyecto “utópico” y, tanto en un caso como en el otro, los grupos que alcanzaron el poder y los millones de seguidores suyos estaban convencidos de que sus metas se alcanzarían en un tiempo previsible, si se conseguía “desactivar” a los adversarios de la sociedad ideal “nocialsocialista” o nacionalcomunista, y esto quería decir asesinar a millones de “enemigos” internos y externos. El terror de masas desencadenado contra los señalados como enemigos del “pueblo” y de la “raza” transformó a los sometidos al régimen totalitario en dóciles y fanáticos colaboradores, en simpatizantes y beneficiarios del asesinato de masas, en asustadas víctimas potenciales, en denunciantes y “difamadores”, que incluso décadas después del derrumbe de ambas dictaduras no se atrevían a mirar hacia atrás para no percibir el horror que ayudaron a ocasionar y al que había sobrevivido. Dado que cada generación lega a las siguientes generaciones sus problemas irresueltos, la “reelaboración” de ese/esos pasado/s se convirtió en un proyecto ineludible. Desde 1945 vivimos sobre un gigantesco estercolero, y las pesadillas del presente se alimentan de los crímenes declarados del último siglo. La consecuencia del pasado “siglo de barbarie”, de la que apenas somos conscientes, es una parálisis *persistente* —pasada de una generación a la siguiente— de aquello que los teóricos de la revolución anteriores a la I Guerra Mundial llamaban de modo todavía ingenuo la “espontaneidad” de los individuos y de las “masas” progresistas que agrupaban a individuos capaces de ac-

ción autónoma. Habitualmente se suele responsabilizar de la desacreditada “apatía” o de la “desidia política” de la mayoría de la población en los Estados post-totalitarios al elevado estándar de vida, a la desilusión y a las nuevas técnicas de manipulación. Se pasa por alto que se trata de un legado fatal de los regímenes de terror del siglo pasado y de su huella en la mentalidad de nuestros contemporáneos. Los políticos que se horrorizan del retorno de los pogromos en los Estados europeos, llaman a una “sublevación de los decentes” y los sobrevivientes de la *résistance* lanzan apelaciones a los jóvenes: “¡Indignaos!” Pero también esa llamada en medio de una persistente crisis económica sólo encuentra eco hasta ahora en una minoría de la generación joven y en un puñado de intelectuales, artistas y “militantes” no conformistas.

La generación que vivió la guerra mundial, una generación diezmada, traumatizada y consciente de su culpabilidad, intentó después de 1945 pasar página. Sólo en torno a 1968, una minoría activa de la primera generación de postguerra protestó a escala internacional contra una sociedad que no puede avanzar sin guerras y masacres. Desde que la crisis actual y el enfrentamiento capitalista de la crisis han hundido a millones de personas en el paro y se ha apostado por los recortes, somos testigos –sobre todo en los estrujados Estados deudores– de una segunda ola internacional de protesta, de un resurgir de aquella espontaneidad que parecían haber perdido nuestros coetáneos. En el contexto de grandes huelgas y marchas de protesta, “Occupy Wallstreet” ha llevado en los EEUU y en una docena de países la protesta juvenil ante las puertas de las catedrales del capital financiero; las mujeres contestarías de “Pussy Riot” han denunciado públicamente la impía alianza entre el régimen de Putin y el clero ruso; el grupo de protesta feminista “Femen” surgido en Ucrania llama la atención por medio de *Happenings* espectaculares sobre formas todavía toleradas de opresión de la mujer. En EEUU, en Rusia, en Grecia, en España y en Turquía –como en Túnez o el Cairo– los miembros de las protestas reivindican las plazas y parques de los centros de las ciudades para sus foros, levantan campamentos de protesta, que después de días o semanas son desalojados y “reconquistados” por las fuerzas policiales –al precio de innumerables heridos, arrestados y a veces muertos.

En esos grupos de oposición, que a veces sólo cuentan con docenas de personas, en otro lugares con cientos y miles, en la “primavera árabe” con millones, se levanta ante nuestros ojos un nuevo individualismo de protesta cuyos protagonistas hacen caso omiso a las lealtades étnicas, nacionales y religiosas. “Whistleblower”

como Julian Assange, Bradley Manning o Edward Snowden hacen público con enorme riesgo personal aquello que las grandes potencias de manera “democráticamente” larvada ocultan tanto a sus ciudadanos como sus competidores: sus crímenes de guerra, su diplomacia secreta y su exhaustivo control de las comunicaciones. Como sus predecesores en los años treinta y cuarenta del siglo pasado, esos *whistleblowers* han ascendido de manera fulminante a “enemigos de Estado”, a traidores a la patria, que son perseguidos por medio mundo por especialista en administración y gobierno del resentimiento para meterlos entre rejas o deportarlos a campos de confinamiento. Para los disidentes de hoy, que se rebelan contra el magnetismo de la conformidad a que se somete la mayoría de sus contemporáneos, el “mundo libre” se convierte una vez más en un “planeta sin visado”. *Los whistleblowers injuriados son los individuos autónomos de nuestro presente*. Sus perseguidores no sólo temen la “traición” de sus sucios secretos de Estado, sino ante todo que cunda el ejemplo de esos nuevos protestantes y delincuentes convencidos. Si mañana miles de *whistleblowers* potenciales hacen público su conocimiento, los actuales perseguidores de los “denunciantes” se convertirán ellos mismos en acusados. Por ello, todos aquellos que trabajan para que el futuro no repita el pasado deberían declararse solidarios con los grupos de protesta y con los desveladores de secretos hoy criminalizados. Todo lo que favorece una autonomización (o individualización) de los seres singulares, la sustrae a la coacción del grupo y quiebra las ilusiones dominantes y las amnesias decretadas, todo lo que alienta a las personas a dar la cara por su experiencia, mantener vivo su recuerdo, merece nuestro apoyo. Aquel que se coloca del lado de los que rompen con el “orden” existente porque no elimina el hambre y la miseria, la guerra y la tortura, sino que la perpetúa, ese le abre una alternativa también a aquellos desesperados, que todavía no ven otro camino para salir de su impotencia que aniquilarse a sí mismos y a otros muchos en atentados. No se trata sólo de indignarse contra la situación existente, sino de transformarla sin renunciar ni a uno solo de los “logros” culturales de nuestra época (por otra parte) tan sombría, logros muy caramamente conseguidos. Hace 90 años, cuando comenzó el ascenso de los regímenes totalitarios, el lúcido Jewgenij Samjatin escribió: “El mundo sólo vive a través de los herejes [...]. Hemos vivido la época de la opresión de las masas; hoy vivimos la opresión del individuo en nombre de las masas; el mañana traerá la liberación del individuo en nombre del ser humano”⁵. El

⁵ Jewgenij SAMJATIN, “Morgen”, en J. Samjatin, *Morgen*. Essays, Erzählungen, Dokumente. Wiesbaden: Limes, s. a., pág. 170s.

colectivismo anticapitalista de ayer ha llevado al surgimiento de nuevas oligarquías y despotismos; los anticapitalistas individualistas de hoy van a encontrar la salida del laberinto del tiempo presente.

Traducción de José A. Zamora